



Una iglesia

(basada en Hechos 15,1-18)

Había cada vez más y más personas que seguían a Jesús. Ellas estaban escuchando las buenas nuevas y uniéndose a la iglesia. Eran momentos muy emocionantes.

En ocasiones había problemas en la nueva iglesia. A veces, las personas no estaban de acuerdo sobre la mejor manera de seguir a Jesús. No pasó mucho tiempo antes de que la gente de la iglesia comenzara a discutir acerca de quién podría unirse a la iglesia y quién no.

«Sólo quienes siguen la ley de Moisés pueden unirse a la iglesia», proclamaban algunas personas.

«Eso no hace sentido», decían otras. «Cualquier persona que ama a Jesús y confía en él es bienvenida».

Este asunto causó tantas peleas que la iglesia finalmente decidió enviar a Pablo y a Bernabé para que se reunieran con Pedro, Santiago, y algunos otros líderes de la iglesia. Ellos tendrían que decidir quién podría unirse a la iglesia.

«Necesitamos una respuesta», pedía la gente.

Los líderes se reunieron en Jerusalén y hablaron durante muchos días. Hablaron y hablaron y hablaron. Luego continuaron hablando aún más. Por último, Pedro se puso de pie para hablar.

«Hermanos», anunció Pedro. «A mi me enviaron a contar la buena noticia de Jesús a todo el mundo. Desde el principio, estuvo claro que Dios no tiene favoritos. A Dios no le importa si la gente es judía o no. Todas las personas reciben el don del Espíritu Santo».

Después del discurso de Pedro, Bernabé y Pablo se levantaron y contaron sus historias acerca de cómo Dios les había dado el poder de hacer muchas maravillas y milagros para todas las personas, no sólo para aquellas que seguían la ley de Moisés.

Hubo un largo silencio. Por último, Santiago se puso de pie y habló:

«Hermanos», dijo. «Tenemos que dejar de pelear. Dios ha dejado en claro que somos uno. Somos hijos e hijas de Dios y todos pertenecemos a la familia de Dios».

Fue así como tomaron una decisión. No importaba si alguien había seguido la ley de Moisés o no. No importaba de dónde había venido o quiénes eran sus padres o sus madres. No importaba qué idioma hablaba o en dónde había nacido. No importaba el color de su piel. El amor de Dios es para todas las personas. La iglesia estaba abierta para todas las personas. Todo el mundo era bienvenido.



Una iglesia

(basada en Hechos 15,1-18)

Esta semana, utiliza una o más actividades de cada sección para descubrir la gracia y la gratitud junto a tu familia.

Reconocemos la gracia de Dios

- Lee y disfruta de la historia con tu hijo o hija— utilicen su imaginación y háganse preguntas.
- Invita a tu familia a repetir la frase «somos uno, en Cristo somos uno» y a hacer movimientos de bienvenida después de cada párrafo al leer nuevamente la historia.
- Invita a tus hijos e hijas a pensar en las personas de la iglesia que son diferentes. Pregunta: «¿quiénes son y en qué se diferencian?». Invítalos a identificar a las personas y sus diferencias. Puede que no reconozcan las diferencias de la misma forma en que las personas adultas lo hacen. Después de que mencionen a las personas y a sus diferencias, invítalos a dar gracias a Dios por ellas y por sus diferencias. Por ejemplo, «Gracias, Dios, por hacer a (*nombre*) una persona alta. Gracias por (*nombre*), que viene a la iglesia en su silla de ruedas. Gracias por (*nombre*), que habla otro idioma».



Respondemos a la gracia de Dios

- Tomen turnos para practicar la hospitalidad de maneras sencillas en el hogar, en la iglesia y en la comunidad. Por ejemplo, pueden abrir la puerta a otra persona, cederle el turno a alguien, ofrecer agua a alguna persona invitada, o invitar a alguien a su casa cuando una persona adulta esté en casa y apruebe la invitación.
- Ayuda a tus hijos e hijas a investigar cómo las comunidades o culturas reciben y demuestran hospitalidad a las personas. Por ejemplo, en Hawái lo hacen con una guirnalda de flores; en Marruecos, con agua de rosas y una toalla para que se laven las manos. Invítalos a elegir un ritual o manera especial de recibir a las personas en el hogar o en la iglesia. Ayúdales a hacer o a recolectar todo lo que necesiten para hacer un regalo de hospitalidad. Por ejemplo, pueden hacer un letrero de bienvenida para la puerta principal, pulseras con un mensaje de amor, o pan recién horneado.
- Den un paseo a pie o en auto, y pasen por diferentes lugares en donde las personas adoren a Dios. Deténganse en cada uno de ellos para dar gracias a Dios por las personas que adoran en cada lugar. Si el tiempo o la oportunidad lo permite, vayan a un culto de adoración que sea diferente al suyo. Hablen sobre cómo la comunidad de fe les demostró hospitalidad.

Celebramos en gratitud

- Busquen, canten, o repitan la letra de «Somos uno, en Cristo somos uno».
- Hagan esta oración durante la semana.

Dios, te damos gracias por todas las personas diferentes que creaste. Haz posible que te adoremos al recibir a otras personas con alegría. Amén.